

mia en otra parte . . . porque . . . la alfalfa estaba verde, y húmeda con el rocío de la noche. Está bien, le respondí; me llevo el sombrero de un nécio. Diciendo estas palabras le quité su sombrero de máscara, y aun no volvía de su asombro, cuando ya yo galopaba para alcanzar á vdes. y convencerlos de que el segador nocturno no es mas que un hombre pagado para envenenar la alfalfa de los campos inmediatos á los puntos ocupados por los insurgentes. De aquí á media hora iremos á ver en qué estado se encuentra el caballo que ha tomado su ración de alfalfa.

El resultado confirmó de todo punto el dicho del rastreador. El pobre animal no tardó en espirar en medio de las mas horribles convulsiones causadas por el veneno, y una inmensa hoguera consumió bien pronto, en la plaza, hasta la última rama de alfalfa, que sin la intervencion de Andrés, habria sido tan fatal á la caballería de Terán.

LA PLAYA-VICENTE.

Habiendo llegado á Tehuacan, despues de mil peligros, Andrés y Berrendo, se habian complacido de que continuarian en paz la lucha cortez, cuyo premio debia ser Luz. Menos de ocho dias, despues de su llegada á Tehuacan, los encontramos á los dos cavalgando á cosa de sesenta leguas de distancia, en los límites del Estado de Oaxaca y de el de Veracruz.

La estacion de aguas habia comenzado, y el país que atrevesaban ofrecia el aspecto mas triste y el mas extraño. Del cerro Rabon, uno de los puntos mas elevados de la Sierra-Madre, corren muchos riachuelos, que no tardan en reunirse en una masa que vuelve á dividirse en doce rios distintos; el rio de Playa-Vicente, ocupa uno de los primeros lugares de aquella magnífica reunion de rios. Siendo el lecho de aquellas corrientes demasiado estrecho para contenerlas, las aguas

desbordadas habían transformado el país en un lago inmenso de aguas turbias, del cual salían como navíos anclados, los campanarios de las haciendas inundadas.

En medio de estrechos pedazos de terrenos anegados, parecidos á esas calzadas abiertas en un inmenso lago, los caballos de los dos aventureros no avanzaban sino con mucho trabajo, y penetrando en el fango hasta el encuentro. A media legua de distancia marchaba un cuerpo de ejército, compuesto de cosa de cuatrocientos hombres, á los que nuestros dos amigos servían de guías; era la expedición mandada por el general Terán, en persona, que se dirigía á la Playa-Vicente, y en seguida á la barra del río de Goatzacoalcos, á fin de apoderarse del cargamento de armas, que el general había comprado á Robinson. Los dos exploradores, Andrés sobre todo, descubrían en su fisonomía un abatimiento melancólico, que justificaban el aspecto de los lugares y las circunstancias desastrosas, en medio de las cuales se encontraban.

—¡Dios permita que mis previsiones no se realicen! dijo Andrés, dirigiendo sus ojos hácia el campo inundado, y que no nos suceda lo que al caballo del español, que por haber caminado aceleradamente

no pudo conducir á su ginete al término de su viaje.

—Mucho me lo temo, contestó tristemente Berrendo.

—Me hallaba en un país desconsolado, continuó el rastreador; en vano se lo he representado al general, y sin embargo, si equivocase yo el camino, si yo dejase algun enemigo á nuestro lado, sin descubrir sus tentativas, será un deshonor, al cual no podré sobrevivir. Si á lo menos hubiera retardado la expedición, hasta pasado el tiempo de aguas.

—Es culpa de vd. si nos ha tomado por guías á pesar nuestro, contestó Berrendo; si no hubiéramos marchado la noche en que quisimos quedarnos en el jacal del indio, por temor de encontrar al segador nocturno, no hubiera vd. hecho al general el eminente servicio de salvar una parte de su caballería; no le habria vd. hecho el servicio mayor aún, de impedir que un cargamento de armas cayese en poder de los españoles. Entonces S. E. no hubiera conocido la sagacidad de vd., así como su valor.... y sin embargo, habríamos evitado.... Pero á propósito, continuó Berrendo, como si le hubiese ocurrido una súbita idea, ciertamente tengo yo algun mérito; sin embargo, no

he tenido la dicha de hacer á su S. E. el menor servicio, ¿por qué, pues, se dignó manifestarme, que si queria acompañar á vd., estaba en libertad para hacerlo, ó si queria yo podia permanecer en Tehuacan?

—Amigo, contestó gravemente el rastreador, la lealtad de vd. se hubiera lastimado por un combate con armas desiguales; permanecer solo en Tehuacan, al lado de Luz, le habria dado á vd. la misma ventaja sobre mí. He querido igualar las probabilidades, y gracias á mi urgente solicitud, obligaron á vd. á que me acompañase en esta expedicion, en calidad de segundo guía.

—Hay entre nosotros una maravillosa simpatía, contestó con no menos gravedad Berrendo. Sepa vd. que si no hubiera yo elevado hasta las nubes delante del general el incomparable mérito de vd., como guía, es mas que probable que á esta hora estaria vd. aún en Tehuacan.

Despues de haberse confiado sus ideas, los dos rivales guardaron silencio, pero sus miradas se habian cruzado, y acababan de lanzarse, un salvaje desafio. Se hallaban todavía bajo la impresion de sus mútuas confianzas, cuando llegaron á un punto en que el camino seguia en declive y se dirijia á un llano, ó por me-

gor decir, hacia un lago fangoso, formado por la inundacion. Este lago rodeaba una poblacion entera. El espectáculo era original, y desde la eminencia á donde habian llegado, los dos guías no perdieron ningun detalle.

—Es singular, dijo Berrendo, yo creia á la poblacion entregada á la mas profunda consternacion.

—Al contrario, contestó Andrés, el tiempo de las inundaciones es en este país, el tiempo de las fiestas y de los placeres.

Una multitud de baracas, de canoas y de piraguas, surcaba en todas direcciones, la superficie amarillenta de las aguas. Las campanas de las iglesias, repicaban como de costumbre, y por la puerta entreabierta, en medio de la nave inundada, se veian entrar las piraguas y detenerse. Por una de las salidas se deslizaba sin ruido una canoa empavesada de negro, que conducia á un muerto á su última habitacion; en una piragua, tambien empavesada, pero con gallardetes y pabellones de colores, algunas jóvenes coronadas de flores, conducian cantando á una novia al altar. Desde lo alto de las azoteas, en donde el viento agitaba las hamacas, los habitantes que no habian salido, saludaban con alegría á los que marchaban

en las embarcaciones, deslizándose en las aguas del lago; otros, sentados en sus ventanas, con las piernas colgando hácia fuera, pescaban en los patios y en las habitaciones de los posos bajos, los pescados que iban á buscar en las aguas dormidas un refugio contra las corrientes impetuosas de los rios desbordados. Algunas veces, en medio de la ruidosa confusion de las canoas, aparecian los cuernos de un siervo, que iba nadando y que habia sacado de su madriguera la impetuosa corriente; algunos javalíes espantados huian tambien de sus escondrijos, sacando el hocico como los cetáceos, que surcan la superficie del océano. En una palabra, los hábitos de la naturaleza, parecian completamente trastornados.

Los dos guías tuvieron que rodear para evitar el paso por aquel llano anegado: felizmente Andrés pudo obtener de algunos indios, que se deslizaban con auxilio de unos enormes patines de madera de aquellos terrenos fangosos, algunos vagos informes sobre el camino que debian seguir para llegar á la Playa-Vicente. Sin embargo, era muy difícil marchar con seguridad, ni aun avanzar por aquellos terrenos anegados: los caminos, las veredas, todo se hallaba confundido.

El mismo Andrés, como el perro, cuyo olfato paraliza el rocío ó la suma sequedad, no sabia qué dirección seguir. Lo mismo sucedia á la columna de caballería que iba siguiendo sus pasos con trabajo. Los que marchaban á la cabeza, encontraban bajo los piés de sus caballos un terreno bastante sólido; pero la tierra pisoteada por ellos, no ofrecia á los que venian de tras más que lugares fangosos, donde caballo y jinete caminaban penosamente, quedando algunos atascados. Según los informes que habia recogido el rastreador, debia tomarse la dirección del Este; pero los pantanos impracticables, impedian seguir el rumbo indicado; fué preciso retroceder en el camino, y los hombres se desalentaban. Berrendo cavalgaba en silencio al lado del rastreador, que avanzaba sombrío y resignado, escuchando el sordo é imponente murmullo de las aguas lejanas, cuya vista le ocultaba una arboleda.

— Estamos cerca de un rio, dijo; esto es evidente hasta para un niño; ¿pero qué rio es? necesitamos ir los dos para reconocerlo. Venga vd. conmigo, tengo necesidad de su auxilio, porque dirian que Dios me ha retirado repentinamente esa

sagacidad, de que tal vez me enorgullecía demasiado.

Los dos guías llegaron á pocos momentos al lecho del río anunciado; pero el rodeo que habian tenido necesidad de hacer, no les permitia decidir si aquel río era Playa-Vicente ó el Río Blanco. Berrendo pretendia que era el primero; Andrés sostenia que era el segundo. Que fuese uno ú otro, lo urgente era buscar el paso. El río corria profundamente encajonado en un lecho rodeado de rocas tan elevadas, que sus aguas parecian negras y tenebrosas, á despecho del sol: era como un canal, cuyas orillas, separadas por una distancia de cosa de cuarenta piés, formaban por cada lado gigantescas murallas cortadas á pico. Las orillas del río ostentaban una lozana vejetacion y parecian desiertas. Árboles magestnosos crecian de trecho en trecho, en la tierra que cubria la roca; ocultos bajo su verde follaje, ó mecidos en los bejucos que agitaba el viento, millares de pájaros mezclaban sus cantos á la voz sonora del río, y los bosques vecinos enviaban armoniosos ecos con el olor de los laureles-rosa.

Ya vd. vé, dijo Andrés, que este río no puede ser el Playa-Vicente, porque nada revela aquí la presencia del hombre.

—En todo caso, contestó Berrendo, antes de llevar mas lejos nuestro reconocimiento, será prudente hacer que nos sostengan algunos soldados de mi compañía, y voy á buscarlos.

—Vaya vd., y entretanto, buscaré el paso, respondió Andrés.

Berrendo tardó algun tiempo en volver al lugar en donde habia dejado á su compañero. Conducid seis dragones de los menos fatigados, y seis infantes armados con hachas. El rastreador no se encontraba allí; pero Berrendo oyó su voz á corta distancia, y lo alcanzó á pocos momentos: se hallaba en un lugar en donde las rocas de las *riberas* avanzaban sobre el río de manera que se aproximaban, no por la base, sino por la cima, á cosa de veinte piés. Los jarochos ó los indios, habian colocado de una á otra orilla, uno de esos puentes de madera que se encuentran frecuentemente en México. Los bejucos que pendian de los árboles, servian para sostener unas tablas, cuyos extremos se hallaban unidos con cuerdas de pial, y formaban sobre el río el puente, por el cual podian caminar apenas dos hombres de frente, un puente móvil como los bejucos que lo sostenian, pero tan sólido, que podia soportar el peso de un tren de artillería.

ría de ligero calibre; el cuerpo expedicionario habia pasado por muchos puentes semejantes sin el menor accidente.

—Está bien, Andrés, dijo Berrendo; pero por hoy nuestros soldados no podrían ir mas lejos; sus caballos están tan fatigados como ellos, y acabo de saber que el general ha rennido un consejo de guerra para examinar si seria prudente ir mas lejos, siguiendo los pasos de vd. en este laberinto de bosques y terrenos anegados.

—¿Qué ya no tiene confianza en mí el general? preguntó Andrés con vivacidad.

—No digo tal; pero pretenden que la sagacidad de vd. le ha faltado en esta ocasion, puesto que sostiene vd. que este rio no es el de Playa-Vicente. En cuanto á la lealtad de vd. nadie la pone en duda.

—Tienen razon, contestó el rastreador con tono sombrío, porque sabré morir si es necesario, para que no se dude de mí.

Dejando á los doce hombres de la escolta cerca del puente y previniéndoles los aguardasen, el rastreador y Berrendo atravesaron el puente para ir á reconocer los lugares. Las tropas, en efecto, se hallaban con tanto desaliento y tan fatigadas por una marcha en terrenos fangosos, que un ataque repentino habria sido la pérdida de la expedicion. En el otro lado

del rio reinaba el mismo silencio y la misma soledad. Por espacio de mas de una hora, los dos guías exploraron los bosques, los llanos y los valles; las únicas huellas que encontraron fueron las de los asnos que llevan los indios para cargar la leña que venden en las poblaciones, y los únicos seres vivos que hallaron en aquella soledad fueron precisamente un indio y su muger, que conducian media docena de burros, cargados con las ramas que habian recojido.

—¿Hé, José? le preguntó Berrendo al indio, ¿es verdad que el rio que corre ahí cerca, es el río Blanco?

El indio se sonrió, como un hombre que vé la red que quiere tendersele, y no contestó una palabra.

—¿Me respondes, animal?

Muy bien sabe vd., contestó al fin el indio, que el río Blanco se halla á mas de seis leguas de aquí, y que este es el de Playa-Vicente.

Al oír estas palabras Andrés, pareció como herido en el corazon. Por primera vez de su vida el infalible rastreador acababa de engañarse; pero acojió la prueba de su error con el mismo silencio sombrío y resignado, que apenas habia interrumpido desde el momento en que Ber-

rendo le dijo que se había perdido la confianza que se tenía en su habilidad.

—Volvamos al campo, dijo; me urge suplicar al general que busque un guía mas feliz ó mas hábil que yo.

—No encontrará uno mas leal! exclamó Berrendo.

—Es posible; pero la lealtad no debe ser la única virtud de un guía. Felizmente el error que he cometido, no ha podido causar la mas lijera sospecha, porque el peligro está lejos de nosotros.

En aquel mismo momento, el resultado vino á desmentir por segunda vez á Andrés, y el ruido de muchos tiros de fusil llegó á los oídos de los dos guías; el rastreador se puso pálido, y como Berrendo iba á lanzarse hácia el punto en que se habian escuchado los tiros, lo afianzó fuertemente del brazo para impedir que el menor ruido en el suelo distrajese su oído.

—En el puente de bejucos es en donde se están batiendo! exclamó. Berrendo, vd. me salvará de la nota de traidor que pudiera recaer sobre mí, se lo suplico á vd. en nombre de su madre.

En seguida Andrés preparó su carabina, y comenzó á correr con tanta velocidad, que Berrendo tuvo trabajo en seguirle.

lo. Fué preciso emplear algunos minutos en aquella rápida carrera, para llegar al punto en que se batian. Por una feliz inspiracion, los doce hombres que habian dejado guardando el puente, lo habian atravesado, y sostenian á poca distancia un combate desigual contra veinte exploradores de la vanguardia del comandante español Topete. Despues se supo que aquel comandante caminaba con setecientos hombres, para sorprender la expedicion; muchos cadáveres cubrian la tierra, y los soldados mexicanos se batian en retirada hácia el puente, cuando los dos guías pudieron, siguiendo la orilla de la corriente, deslizarse entre ellos. Alentados con su presencia, los soldados se mantuvieron firmes sin retroceder; pero repentinamente vieron avanzar á poca distancia la cabeza de una numerosa columna española.

—Aquí es en donde debemos morir, dijo inmediatamente Andrés á Berrendo, yo por lo menos. Si está forzado el puente, está perdido Terán y mi honor; ordene vd. la retirada.

Berrendo hizo lo que deseaba el rastreador, sin comprender su intencion.

—Al puente; al puente, gritó.

Los soldados obedecieron y se encon-

traron en el acto en el puente móvil, presentando sus cuerpos como una trinchera para detener al enemigo.

Un corto número de españoles habían logrado establecerse en el extremo del puente, que temblaba bajo la lucha. Andrés tomó entonces la hacha de uno de los soldados, y Berrendo vió, pero demasiado tarde, para oponerse, cuál era la intencion de Andrés, al decir que allí era en donde debían morir. En lugar de servirse de su hacha para herir á los asaltantes, atacaba con furor los bejucos que sostenían el puente. Felizmente lo elástico de aquellos bejucos torcidos, hacía brincar la hacha, cuyo filo no podía cortar. Berrendo quiso oponerse á los esfuerzos del rastreador; pero se vió al mismo tiempo obligado á disputar su vida á un soldado español, y solo pensó en su defensa personal. Teniendo libres sus movimientos, Andrés atacó el puente por otro lado. Su hacha cortaba las correas que unían el puente móvil, y Berrendo conoció que el puente iba á faltar bajo sus piés. Acababa por un esfuerzo desesperado de desembarazarse de ser antagonista, y le gritó á Andrés que no lo sacrificase; pero ya no era tiempo. Con un hachazo acababa de cortar el último lazo que tenía

reunidas las tablas. Abrióse el puente, como una trampa, por la que amigos y enemigos cayeron de una altura como de treinta piés, á las aguas tenebrosas del río de Playa-Vicente. Berrendo solo conservó bastante sangre fría, para agarrarse fuertemente de uno de los bejucos que flotaban sobre el río, y detenerse. Suspendido entre el agua y el cielo, sin esperanza de socorro, pasó algunos segundos en una terrible angustia: en seguida, herido de una bala que le dirijieron del otro extremo, y que le rompió el hombro, Berrendo soltó el bejuco de que estaba asido. Cuando salió, á pesar de su herida, á la superficie del agua, en la que se había sumergido, trató de distinguir lo que pasaba á su derredor. Todo era silencio y tristeza; las aguas que parecían negras por efecto de la altura de las rocas, que las dejaban en una profunda oscuridad, corrían tranquilamente, y no encontraba ningun punto firme en donde poner los piés. No obstante, siguió la corriente nadando, hasta el momento en que, incapaz de luchar para conservar la vida, se sintió arrastrado de nuevo por el río. El sentimiento de su propia conservacion no lo abandonó completamente, y no tardó en comprender que los últimos é instinti-

vos esfuerzos, le habian hecho salir á la ribera. Entonces perdió euteramente el conocimiento.

Trascurrieron dos horas sin que Berrendo recobrase el sentido. Con la caída de la tarde, voces, hasta entonces mudas, comenzaron á elevarse en los bosques vecinos; los ruidos de la noche sucedieron al silencio de las ardientes horas del dia; y el corazon de Berrendo comenzaba á latir al mismo tiempo que aquellos desiertos inanimados empezaban á vivir. En fin, cuando no habia mas luz que la del crepúsculo, el aventurero abrió los ojos, y la sensación de un fuerte dolor le manifestó que aun vivía. Entonces reconoció que se hallaba tirado en una playa arenosa, que se extendia como una calzada angosta, siguiendo la base de las rocas. A poca distancia se hallaban dos cadáveres. Repentinamente uno de aquellos cuerpos, que parecian inertes, hizo un movimiento, y arrojó un grito doloroso, terrible, que fué repetido por los ecos. Berrendo creyó reconocer la voz del rastreador.

—¿Es vd. Andrés? exclamó, mientras aquel grito resonaba en el fondo de su corazon.

—¡Ah! ¿es vd. Luciano? ¡Bendito sea

Dios! contestó Andrés; acérquese vd. para que pueda tocar su mano.

Berrendo se aproximó como pudo, mientras que los brazos de Andrés se extendian como si tratase de abrazar algun objeto invisible.

—¿No me vé vd.? preguntó Berrendo.

Y antes que Andrés hubiese contestado observó que una sangrienta herida, aparecia en lugar del ojo único del rastreador: el desgraciado se hallaba completamente ciego.

Ya no veré la luz del dia, ni á Luz, que tanto me queria, ni nada de lo que ha criado la mano de Dios, exclamó Andrés con voz alterada por el dolor, pero felizmente, añadió, Dios ha enviado á vd. aquí.

Extrañas ideas comenzaban á atravesar el cerebro de Berrendo. El nombre de Luz, pronunciado por Andrés, acababa de recordarle al mismo tiempo á su querida y á su rival, y habia en el fondo de su corazon una mezcla de alegría, de compasion y de horror.

—Yo lo llevaré á vd. al campo, dijo; no le faltarán á vd. auxilios de ninguna clase, y tal vez no se han perdido las esperanzas.

El desgraciado Andrés volvió hácia

Berrendo su rostro disfigurado por el puñal.

—¡Oh Luciano! exclamó, no cuento con vd. para que me conduzca al campo; sino con su puñal, para que me libre de la vida. Máteme vd., Luciano, máteme vd. por piedad.

—¡Nunca! ¡nunca! contestó Berrendo; pero Andrés renovó sus instancias con más empeño, y Berrendo conoció que la lucha contra aquella firme voluntad de un moribundo, era imposible: en el momento en que se rehusaba de palabra á acceder á las súplicas del rastreador, levantó el brazo y dió dos puñaladas en el corazón á Andrés. Este expiró sin pronunciar una sola palabra, pareciendo que al exhalar su último suspiro, daba las gracias á Berrendo.

Este logró llegar al campo del general Terán, y siguió los restos del cuerpo expedicionario, en su movimiento de retirada hácia Tehuacan. Habiendo llegado á aquella poblacion, lo primero que hizo fué comunicar á Luz la muerte de Andrés; y aun se atrevió á alabarse del horrible servicio que le habia hecho. Las maldiciones que le echó la jóven, y lágrimas amargas que vertió, le descubrieron lo

que antes debia haber adivinado: que Luz jamas lo habia amado.

—¡Sacrifíquese vd. por sus amigos! dijo Berrendo saliendo de Tehuacan. No me resta mas que meterme á fraile en algun convento.

Berrendo no realizó esta piadosa resolucion, y en lugar de entrar al convento, se puso á las órdenes del terrible Gomez el *Capador*. Tomó parte en las principales expediciones de aquel jefe implacable, del cual era digno soldado, y cuando sucedió la paz ó la guerra contra España, cambiando su vida de guerrillero por la de cazador, fué á participar en los bosques de San Blas, de las fatigas de los hombres, que recorren incesantemente aquellas inmensas soledades.

FIN.

que antes debía haber abrivinado: que las
jamás lo había amado.
— ¿Escrituras? — por sus amigos, di-
to Berrondo saliendo de Tabasco. No
me resta más que meterme á traje en al-
gun convento.
Berrondo no realizó esta piadosa reso-
lucion, y en lugar de entrar al convento,
se puso á las órdenes del terrible Gomas
de Caxaco. Este parece en las principa-
les expediciones de aquel jefe impia-
ble del cual se digno solabado, y cuando
acordó la paz se le opuso contra la paz.
cambiando su vida de guerrillero por la
de curador. No participó en los he-
chos de San Blas de las matanzas de los
bombreros, que recorren incesantemente
aquellas inmensas solabadas.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

I.— <i>El Capitan Ruperto Castaños</i> ...	3
II.— <i>Guadalajara</i>	13
III.— <i>Albino el contrabandista</i>	53
<i>Las siete Norias de Bajan</i>	85
<i>El Soldado Cureño</i>	144
I. <i>El Voladero</i>	153
II.— <i>La hacienda de S. Eustaquio</i> ..	177
<i>Cristino Vergara</i>	197
<i>El Rastreador</i>	252
II.— <i>La Caverna de Púcuaro</i>	272
III.— <i>El Segador nocturno</i>	285
IV.— <i>La Playa-Vicente</i>	307

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

I.—El Capitan Rodrigo Castañeda 3
II.—Guadalajara 18
III.—Alfaro el contrabandista 53
Las siete Noches de Luján 85
El Soldado Omeño 144
I. El Volador 152
II.—La hacienda de S. Buenavista 177
Cristino Vergara 197
El Rastroador 222
II.—La Cacería de Páramo 272
III.—El Siquero moztano 288
IV.—La Playa-Vicente 301



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

F1227

.5

F4

FEVT

38246

AUTOR
FERRI, Gabriel



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

